

GUAYANA, punto de guerra fría

Por EDUARDO HARO TECLEN

CUANDO los ciudadanos de Guayana británica comenzaron a leer las aventuras de Christine Keeler no podían imaginar sin duda que la gran capacidad amatoria de la muchacha de las largas piernas y el pudor escaso iba a poner en peligro, nada menos, que la independencia de su país. La historia es constante en esas bromas: la nariz de Cleopatra o el busto de Helena de Troya causaron estragos aún mayores, lo cual prueba que ciertas estructuras sociales apenas han progresado (podría decirse que se han democratizado: lo que antes era privativo de las reinas, ahora está al alcance de ciertas muchachas de suburbio).

La concatenación se presenta así: el ministro de Defensa del Reino Unido de la Gran Bretaña contempla un día el baño, en su más mitológica sencillez, de Christine Keeler en la piscina de Lord Astor. Desde entonces las actividades nocturnas del ministro se complican extraordinariamente. La jovencita, a su vez, ama al agregado naval soviético: se crea un triángulo peligroso. El sentimental ministro, para defenderse de esta situación que se ha hecho pública, miente ante la Cámara de los Comunes, se demuestra que ha mentido, pierde su Ministerio y el Gobierno entero del apenado Macmillan está en peligro de desaparición. Macmillan pide ayuda a América —actitud en la que todos los políticos europeos tienen un gran entrenamiento— y Kennedy acude: su propia visita es ya un refuerzo para Macmillan, que la presenta como un éxito internacional. Además hace algunas concesiones. Pero reclama otras. Una de ellas: que el Gobierno británico suspenda la Constitución en la Guayana y aplaque la concesión de la independencia, que ya estaba legalmente concedida, a la colonia británica en Sudamérica. Apurado por las circunstancias, Macmillan no suspende la Constitución, pero sí aplaza la independencia, que estaba formalmente y documentalmente concedida (hasta tanto se estipulen nuevas condiciones) y envía refuerzos militares al lejano territorio. Además de enviar también al ministro de Colonias, Duncan Sandys, que está allí en estos momentos estudiando la situación.

La urgencia de Kennedy en mantener la Guayana bajo la ocupación inglesa es su temor a que se convierta en una «segunda Cuba». Cuba sigue siendo la obsesión primordial de la política americana y la fuente del mayor número de sus errores. El último ha sido enfrentar a la Organización de Estados Americanos con una solicitud de bloqueo de Cuba, que iba desde la prohibición de viajar a la isla hasta el embargo económico. Esta petición ha tenido la virtud de dividir a los Estados americanos, que en la «crisis de los cohetes» estuvieron al lado de Estados Unidos. Ahora sólo catorce naciones votaron a favor, y muchas se declararon firmemente en contra. Venezuela, por ejemplo, declaró que «no podía aceptar combatir la subversión comunista con medidas que no estén en estricta conformidad con los principios democráticos». Vista su perseverancia en el error de la política cubana —que comenzó, años atrás, por llevar a Cuba al comunismo—, no es de extrañar que quiera conducir a Gran Bretaña a errores similares con la Guayana. Lo ha conseguido. Macmillan, que trataba de reforzar su política interior, se ha encontrado con un nuevo fiasco. «La postura británica en la Guayana es insostenible», escribe el «Times» —que, si no es tan fuerte como Christine Keeler, aún tiene un gran peso en Londres—, y explica que el principio de la independencia fue explícitamente concedido en 1961.

COMO la geografía tiene escasos adeptos en nuestro país —aunque sea una minoría de calidad— creo que habrá que explicar un poco qué es la Guayana y en qué consiste. La Guayana es un vasto territorio situado entre el Atlántico, Brasil y Venezuela. El territorio bajo dominio inglés supone algo menos de la mitad de la extensión total: unos 215.000 kilómetros cuadrados —algo menos que la mitad de la España peninsular— con una población muy baja: unos 600.000 habitantes —no existe un censo concreto—. Su característica económica es la pobreza. El territorio fue español hasta que se sospechó que podía haber oro: entonces la Nueva Andalucía —que así se llamó— fue objeto de sucesivas ocupaciones. Los ingleses se quedaron con ella provisionalmente en 1796, y definitivamente al final de las guerras napoleónicas, que tan prácticas les fueron. La colonización real comenzó, pues, en 1814 y consistió en la explotación sistemática de las escasas riquezas agrícolas del país —bosques de buena madera, caña de azúcar, arroz, melaza—. Su contribución a la riqueza del territorio fue prácticamente nula. Hoy día las carreteras construidas arrojan un total de 600 kilómetros, y las líneas férreas de unos 300, sin más objeto que el

de facilitar el transporte de las riquezas del interior a los puertos. La población indígena es pobre, y se compone de negros y de indios, más un 20 por ciento de otras razas, lo cual da a los conflictos interiores de la Guayana un carácter marcadamente racial. Cuando comenzó la presión de los territorios colonizados para conseguir su independencia, los países colonizadores comenzaron a aplicar medidas de relativa o supuesta autodeterminación. De esta forma la Gran Bretaña se vio obligada a conceder una Constitución a la Guayana, que fue promulgada en abril de 1953. Consistía en la creación de una «cámara baja», elegida por sufragio universal directo y un Consejo Ejecutivo formado por los ministros pero bajo la dirección del Gobernador representante de la Corona británica. Cuando se celebraron las elecciones la Gran Bretaña vio con asombro —injustificado, puesto que era la solución inevitable después de los duros años de colonización y de la pobreza de la población indígena— que había una mayoría comunista, y que el Gobierno que se formaba era también de inspiración comunista. El asombro del Gobierno británico se tradujo en una suspensión de la Constitución, seis meses después de promulgada: en octubre de 1953. Y al estudio de «nuevas fórmulas», que se prolonga desde hace diez años. Una de estas nuevas fórmulas fue la creación de un partido anticomunista y la promesa de la independencia cuando dicho partido tuviese una mayoría, cosa que incitó a muchos indígenas a adherirse a él para conseguir que se fuesen los ingleses.

La existencia del comunismo en Guayana es una realidad. El doctor Jagan, jefe del Gobierno, es un marxista convencido y declarado, como lo es su esposa Janet —que acaba de ser nombrada ministro del Interior—. Janet es americana de nacimiento: fue secretaria de la juventud comunista de Chicago y se define a sí misma como «una activista». Cheddi y Janet Jagan han recorrido toda Guayana desde hace años incansablemente, predicando su doctrina, formando su partido. Han sido víctimas de toda clase de persecuciones. Y han conquistado el poder, desde las elecciones de 1953. Jagan formó el Partido Progresista Popular, que a pesar de todos los esfuerzos británicos y americanos sigue siendo en estos momentos el partido mayoritario. El último intento americano fue el de la suspensión de la ayuda hecha en nombre de la Alianza para el Progreso. Y un intento de bloqueo económico a cargo de los Estados americanos. Esta suspensión de la ayuda crea también una situación difícil para la Gran Bretaña: como Estados Unidos le fuerza a no dejar la colonia, tendrá que subvenir a las necesidades de sus habitantes. De todas formas la media autonomía de que goza Jagan le permitió pedir ayuda inmediata a la URSS y a China, y finalmente a Fidel Castro. El barco mercante «María Teresa» llevó recientemente a Guayana un cargamento de harina, de arroz y de petróleo soviético refinado en Cuba para ayudar a los habitantes de Guayana. Al llegar el barco, Jagan pronunció un discurso en el que anunció que Guayana sería pronto la primera República Democrática de América del Sur. Esta declaración terminó de escalfar los huesos del gran esqueleto norteamericano. Desde ese momento se intensificó la lucha contra Jagan.

LA lucha se ha desarrollado en un plano interior. El partido anticomunista —aunque como casi todos los partidos de hoy en el mundo se proclama con bases socialistas— es el del Congreso Nacional Popular, dirigido por Forbes Burnham, un antiguo colaborador y protegido de Jagan, que en la crisis de 1953 se separó de él. Este partido, según Jagan, agrupa a la «burguesía criolla manejada por el imperialismo de los Estados Unidos», y ha lanzado una huelga general que ha durado ochenta días —un record en la historia de las huelgas—. Jagan dice que los creadores de esta huelga han estudiado agitación en los Estados Unidos y están formados por los sindicatos americanos controlados por el Gobierno. A su vez los Estados Unidos acusan a Jagan de haber enviado a Cuba estudiantes, que han vuelto convertidos en agitadores y haber recibido invitados cubanos que eran en realidad dirigentes políticos: parece que los dos hechos son ciertos. El caso es que los ochenta días de huelga y los incidentes consiguientes han creado una situación dramática, que ha sido complicada por la lucha racial. Puede decirse que por una parte los negros, la «burguesía criolla», están en contra de Jagan; y que los indios están a su favor. Esta situación se ha producido principalmente porque el Ejército está formado esencialmente por indios, que no han sabido dominar sus problemas raciales en el momento de reprimir los disturbios. La división de fuerzas está planteada de tal modo que si los británicos se retiran como han prometido, los comunistas de Jagan tomarán el poder inevitablemente —esto no lo cree solamente Jagan, sino también los intelectuales criollos— y si los británicos permanecen podrá iniciarse una guerra civil. Gran Bretaña no quiere ni puede comprometerse en una guerra en el lejano y vasto territorio. Entre otras cosas, porque la realidad es que hoy la Guayana le importa escasamente un rábano, y no le afecta en nada que el territorio se vuelva comunista o no: lo único que quiere es marcharse. Pero los Estados Unidos no se lo permiten. Eso quiere decir que en caso de guerra civil abierta, los Estados Unidos tendrían que intervenir directamente —porque ni Brasil ni Venezuela lo harían ahora en su nombre, vista su actual posición política— y cabe pensar que se abriría un nuevo frente de guerra fría, si la URSS y Cuba acuden en ayuda del amenazado Jagan. La situación es crítica, difícil y peligrosa.

Esta situación es la que está tratando de arreglar el ministro británico de Colonias, Duncan Sandys. Quiere encontrar una fórmula. Es posible que los americanos se la hayan sugerido ya. Consiste en buscar una unión entre todos los partidos de la oposición a Jagan, principalmente el del Congreso Nacional del Pueblo y la Unión de Fuerzas, más los escasos independientes: formar con todos ellos un bloque —ahora están también divididos entre sí—, convocar unas nuevas elecciones generales bajo control directo del Gobernador y del Ejército británico y obtener para dichos partidos una mayoría que quite el poder a Jagan y que declare el comunismo fuera de la ley. Es inútil decir que esa fórmula provocaría igualmente la guerra civil, puesto que el partido de Jagan no cree que las elecciones bajo control británico puedan ser reflejo real de la voluntad popular.

En cualquier caso, Kennedy parece dispuesto a evitar por todos los medios la instalación del comunismo en la Guayana. Vecino de dos grandes Estados como son Venezuela y Brasil, que se encuentran en plena efervecencia desde hace tiempo, Guayana podría ser el campo de acción ideal para introducir en ellos el comunismo. Su caída sería catastrófica para Estados Unidos.

E. H. T.